



¿CUNDA EL EJEMPLO!

Esta Federación Local ha estudiado en asamblea general la situación de RUTA, acordando que la única solución para contribuir al sostenimiento de nuestro portavoz consiste en que éste debe ser introducido en todos los hogares de nuestra población exilada. Por lo tanto, esta F.L. propone que todas las Locales deben procurar nombrar comisiones para la divulgación de nuestro paladín. Consecuentes con esta iniciativa, hemos acordado el aumento de nuestro paquete de RUTA a cincuenta ejemplares, en vez de treinta que venimos recibiendo.—Federación Local de Venissieux (F.I.J.L.)

EDITORIAL Quiénes somos

y qué nos proponemos

A la misma altura que las preocupaciones de orden inmediato, cifradas en la lucha de cara a la liberación de España, se hallan nuestras inquietudes de capacitación cultural y superación moral e ideológica. Tenemos, también, una vasta labor proselitista ante nosotros. Esta labor no puede confundirse con la caza sistemática y a todo evento, con planes estratégicos de penetración y asimilación autoritaria.

Para nosotros, la propaganda no es una técnica de conquista enfocada hacia el informe montón, ni un proyecto de colonización con evocaciones de reata y látigo. Nuestra acción proselitista no pretende impactos fáciles en la sensibilidad ni especulaciones sobre las emociones repentinas, superficiales, epidémicas y volubles. No nos acercamos a los jóvenes con gestulaciones demagógicas ni con promesas y halagos envilecedores. No hincamos picas y banderillas taurinas en la testuz de su rebeldía.

Nos duelen las desviaciones de nuestra juventud exilada hacia los comodines del ambiente trivial y nos preocupan los claros abiertos en las filas de nuestra militancia madura. Quisiéramos hacer de la F.I.J.L. un generador y condensador de epergias nuevas; un silo inmenso de reservas para el cotidiano consumo y para las futuras siembras. Nos inquietan los presagios de una larga invernada a campo abierto del exilio, con su copiosa nevada de vicitudes, y la propia cadencia de nuestra población exilada; el déficit en nuestro balance de altas y bajas, producto de la desilusión, de la fiebre emigratoria—oposiciones a la masonería durmiente—, de las enfermedades y de la muerte. Nos preocupa la muerte física llegada sin sucesión en aquellos compañeros que, a la hora del supremo tributo, contemplan a sus hijos enredados en las viscosas mallas de un ambiente de frivolidad decadente y castradora.

Aspiramos a despertar en los jóvenes el ansia de superación intelectual y moral; contribuir a dar un contenido ideológico a sus rebeldías; ayudarles a forjarse una personalidad que les defienda de las influencias del caudillismo; hostigar en ellos la desidia, la indiferencia y la apatía. Todo ello dentro de un ambiente apropiado y eminentemente juvenil; en un ambiente de camaradería y de espontaneidad, sin rigorismos repelentes, sin afectaciones de ridículo misterio, sin ostentaciones ni presunciones destempladas, sin aparato, sin pedantería, sin revolucionarismo ni conspirativismo de opereta. Queremos compatibilizar las preocupaciones graves con la risa sana; el deber libremente aceptado, la temeridad y el espíritu de sacrificio con la sencillez, la modestia y la fraternidad; la crítica con la benevolencia, los dispendios y las discrepancias con la cordialidad razonada; el celo con la comprensión y la tolerancia, el puritanismo más exigente con la libertad matizada sin inmundicias, relajamientos ni corrupciones.

He aquí el motivo fundamental de nuestra existencia como movimiento. Queremos canalizar las energías de la juventud sin extorsiones, sin consignas cuarteleras, sin reclutamientos y sin obediencias; impulsar un movimiento juvenil en el que el joven cuente como unidad soberana y como artista de su propia obra; la obra de su propia personalidad consciente, principio básico de una más profunda misión social-revolucionaria.

Pacifismo y unitarismo retóricos

Cualquier observador imparcial, paracaidista en medio de nuestro mundo desde un planeta remoto, quedaría estupefacto ante una de nuestras mayores y habituales contradicciones. Todos los Estados habrían de paz y nunca ha sido más inminente la guerra. Sin excusar al Estado vaticano, promotor de la guerra de España y puntal del régimen franquista, todos muestran deseos de una pronta y efectiva cooperación entre los pueblos y de un clima de buena comprensión y de armonía. Todos hablan de paz en medio de un mundo sacudido por guerras de todas las temperaturas. Los pintorescos mensajes de Navidad y Año Nuevo han sido un canto litúrgico contra las guerras y una acusación encendida contra los guerreristas.

Nuestro observador paracaidista, llegaría a la conclusión de que las diatribas van destinadas a los misteriosos habitantes de Marte, a los marcianos, y no a los marciales pululantes por cuarteles y cancellerías.

Hacer la guerra su pretexto de la paz y convertir la paz en un interludio para más vastas y devastadoras guerras, es un deporte corriente en la historia de nuestro tiempo.

Con el tópico de la unidad ocurre tres cuarteles de lo propio. Los cantos y apelaciones a la unidad, en los medios políticos y en el seno de las organizaciones obreras, se confunden con las exclamaciones y protestas de pacifismo. Las diatribas entre unitarios y divisionistas nos recuerdan demasiado las acusaciones recíprocas de los Estados. Estos, tras insultos y provocaciones diplomáticas, encomiendan la acción guerrillera a terceras ajenas a los intereses involucrados en la polémica; aquellos, campeones de la unidad, no se unen ni se ponen de acuerdo nunca entre sí y continúan divididos siempre, haciendo pagar las consecuencias de su celo unitario a los crédulos de los medios en que operan.

Los retóricos del pacifismo y de la unidad son verdaderos delincuentes de cuanto censuran y apostrofanse mutuamente. En el campo político y obrero, los comunistas, verdaderos monopolistas de la unidad, nos tienen demostrada la eficacia de su retórica unitaria como regla de dividir. Los comunistas no han disimulado nunca lo que entienden por unidad. En este aspecto no existen matizaciones entre las diferentes tendencias en disputa sobre el mausoleo de Lenin. Comunistas de primera, internacionalistas de cuarta y pumistas a secas, nos hablan con la misma fruición de la masa y del bloque granítico y monolítico de la clase obrera.

Para esta operación unitaria, ni que decir tiene que sobran las unidades sobresalientes. No se trata

de unir unidades, sino de pulverizarlas para, más tarde, amasarlas o convertirlas en argamasa. De ahí que la acción unitaria de los comunistas—de todos los visos y pelajes—, empiece con una ofensiva a fondo contra los «líderes» y «dirigentes». La rociada de calificativos y difamaciones contra las individualidades destacadas de los partidos y organizaciones, cumple el oficio de la maza de machacar piedra, reservándose el partido comunista el papel de máquina apisonadora llamada a convertir el campo de operaciones en una pista de aterrizaje.

Los trabajadores por cuyo bienestar se desvelan los campeones de la unidad, deben resignarse a ser convertidos en pasta, en una especie de gelatina pegajosa vaciada en el molde unitario. De ahí los esfuerzos derrochados por el comunismo de cara al partido único, a la central sindical única, bajo la sola batuta de una disciplina única.

El mundo, nuestro sistema planetario y el mismo universo en su conjunto, adolecen de un defecto de origen. Todas las calamidades que padecemos proceden del rumbo centrífugo, desagregado y antiunitario que tomaron las cosas en el génesis o a partir del momento en que se condensó la primera nebulosa, apuntaron las primeras estrellas y empezaron éstas su eria conejil de planetas y satélites. Lo ideal era el estado etéreo, fluido, abarcando el espacio infinito en un todo unido y uniforme bajo la férrea disciplina de la Naturaleza. Y por lo que respecta a nuestro mundo, lo verdaderamente perfecto era el estado primitivo de la substancia ígnea, la materia o argamasa cósmica. Aquello era la unidad perfecta. Y si el hombre surgió de allí como remate de un proceso de individualización de la materia y del espíritu, fue sin duda por deficiencias dialécticas de la Naturaleza, por el idealismo reaccionario de las fuerzas naturales, imbuidas de prejuicios pequenoburgueses, fascistas y contrarrevolucionarios.

Hay que premiar el desvelo unitario de los comunistas con nuestra pasividad de muertos. Hay que limpiar de obstáculos su marcha trituradora hacia nuestras organizaciones y ofrecerles el sacrificio voluntario de nuestra personalidad en aras de los rodillos y cilindros de su máquina apisonadora. La guerra, cuya conducción comparten con sus compadres imperialistas, es un rápido procedimiento para machucarnos en serie y unificarnos hechos una inmensa tortilla o amasijo. Y la bomba atómica, un método expeditivo de desintegrar la materia, de volar el planeta, de derritir y fundir el cosmos, reduciéndolo a una fórmula de unidad completa, totalitaria.—J. PEIRATS.

EL CUARTEL GENERAL DE OCCIDENTE

Albañiles, yeseros, carpinteros, pintores de brocha gorda, decoradores, ebanistas, tapiceros... Órdenes, ruegos, protestas, juramentos, risas, exclamaciones... Polvo de ladrillos y de piedra, olor de pinturas y barnices, hilachas de lana, algodón y seda en los chorros de luz que entra por los ventanales, juegos de luces desde los espejos... El Palacio de Fontainebleau, en Francia, a pocos kilómetros de París, hace su tocado final para recibir al mariscal Montgomery, inglés, que es el general en jefe de los ejércitos de la Europa occidental, vanguardia del gran ejército cosmopolita de Occidente, cuyo núcleo principal estará formado por norteamericanos. Ese Palacio de Fontainebleau fue teatro de varias tragedias históricas; en él se decidió, directa o indirectamente, el destino de Occidente, unas cuantas veces, y fue construido por un monarca que tuvo en sus manos, también, ese mismo destino: Francisco I, aliado con mahometanos y protestantes para oponerse a la ambición del emperador español Carlos V, que soñaba con una monarquía mundial, así como ahora sueña con el Soviet universal y la Democracia cósmica, los de Oriente y de Occidente.

Los supersticiosos hallarán materia prima en abundancia para hacer presagios funestos; el mariscal Montgomery, recordará que allí se despidió de sus guardias fieles, otro emperador que soñó con una Democracia imperial: Napoleón I. Allí soñó con otro trono, el de una Francia en pleno renacimiento, la favorita de Enrique IV, la Bella Gabriela d'Estrees, que murió misteriosamente en casa del banquero Zamet; su augusto amigo desposó a María de Médicis, después de haberle prometido en los patios de Fontainebleau la corona de reina. En una de las galerías de ese palacio, ocurrió otro drama: la reina Cristina de Suecia hizo degollar por sus guardias al marqués de Montesquiou, su amante, porque se enteró de su infidelidad. Luis XIV, allí mismo, aceptó la corona de España para su nieto el duque de Anjou, provocando la terrible guerra que asoló a Europa durante trece años, terminando con el tratado de Utrecht, del cual surgió la potencia marítima de Inglaterra. En Fontainebleau se casó Luis XV con María Lezinska, hija de Stanislas de Polonia, rey destronado.

Allí permaneció en cautividad, por largos meses, el Papa Pío VIII. Comediantes! Tragediantes! Allí firmó su abdicación Napoleón I, el 5 de abril de 1814... Y así fue pasando a la Historia, o sea al olvido, ese Palacio de Fontainebleau, Napoleón III dio en él las últimas fiestas imperiales; después, y hasta este momento, vivía del recuerdo, convertido en museo. Ahora el mundo está en condiciones parecidas a las que dieron vida a esos episodios; esta vez no es el tratado de Austria contra la de Francia, ni la de España contra la de Inglaterra, ni la República contra la monarquía, ni Napoleón contra Europa, ni la Santa Alianza contra la Democracia. Esta vez es Oriente contra Occidente, es el estatismo totalitario con ropajes comunistas, contra la oligarquía

anglo-sajona, vestida de Democracia Occidental; es el imperialismo eslavo contra el imperialismo anglo-norteamericano, es el capitalismo gubernamental de Rusia contra el capitalismo liberal del resto del mundo; es el misticismo de la seguridad contra el misticismo de la Libertad, y es el ateísmo científico contra el cristianismo secular. Todos esos obreros que trabajan ahora en el Palacio de Fontainebleau, están preparándolo para otra época histórica, no ya solamente de Francia o de Europa, sino del mundo entero. Desde su despacho, el mariscal inglés, tendrá en sus manos el destino del Cristianismo, de la Democracia, de la Libertad; desde allí se jugará el último partido de Occidente; el último acto del drama del Capitalismo se dictará desde esa suntuosa concha del apuntador Montgomery. ¿Por qué se llama Fontainebleau? Pierre de Ronsard, escribió en el umbral del 1560: «... ce royal



TODO, en el programa, invitaba a entrar en la sala. Primero, los protagonistas, Ingrid Bergman y Charles Boyer; segundo, el autor del argumento, Erich Maria Remarque. ¿Quién no recordaba a la exquisita Ingrid Bergman de «Las campanas de Santa María» y al Charles Boyer de «Agente secreto»? ¿Quién que Remarque había escrito «Sin novedad en el frente»? Con tales antecedentes «Arco de triunfo» se ofrecía como una primicia cinematográfica que no había de dejar escapar. Confesemos, sin ambages, y para empezar, que nos habíamos decepcionado profundamente.

No hemos leído el voluminoso libro de Remarque, recién traducido al francés, y no sabemos en qué medida ha sido sacrificado a las conveniencias del celuloide. Pero sabemos apreciar el resultado, que es francamente decepcionante. Ingrid Bergman encarna en el film un personaje que no hace falta, de ahí que a todo lo largo del mismo sus esfuerzos de interpretación dejen indiferente al espectador.

Charles Boyer, por el contrario, es el único que consigue trasladar al celuloide una verdadera emoción. En su calidad de doctor antifascista, exilado en París, nos introduce en la vida agitada y sórdida de los exilados, aunque no sea más que de pasada. Por ejemplo, en su fugaz encuentro con Alvarez, el mutilado, llegado a París con la pérdida de la guerra de España, y en la escena del hotel, donde los refugiados fascistas celebran en solemne borrachera la victoria de Franco.

Tal vez donde el film gana en intensidad es en el encuentro con el jefe de la Gestapo (Charles Laughton) al que ejecuta tras una estratagemma para alejarlo de la ciudad. Y, donde el éxito es completo, es en la figuración de un París con sus hoteles miserables, infectados de chimehes; con sus callejuelas sórdidas, alumbradas por históricos farolillos de gas; con su niebla, su lluvia persistente, sus boulevardes sombríos... Y el coche celular, en el que van tomando asiento, camino de la Jefatura, todos los extranjeros, refugiados casi todos, después de los primeros zarzapos nazis sobre Europa.

Un film, en fin, donde en aras de una intriga amorosa estúpida, se malogra todo un documento social de primera importancia.—B. M.

chateau, qui prend son nom de la beauté d'une eau. Otros hablan del perro Bleau, favorito de Luis IX, en el siglo XV, que desapareció, hallándose dormido cerca de una fuente. La realidad es prosaica: las tierras sobre las cuales se levanta hoy el Palacio de Fontainebleau, pertenecían a un tal Bliard, por lo cual a los manantiales se les llamaba por su nombre: Fontainebleau; el tiempo, en colaboración con la fantasía, transformó el nombre. El británico mariscal Montgomery se instalará próximamente

con su Estado Mayor de Occidente en el Palacio de Fontainebleau, esto parece escrito por un Julio Verne, un Wells o un visionario, cualquiera de hace un siglo, y sin embargo, es hoy una vulgaridad, probémoslo para el siglo XXI el establecimiento del Estado Mayor Terrestre en guerra con los marcianos, después de haber firmado el tratado de Fontainebleau por el cual quedó establecida la potencia atómica de Estados Unidos, o la electrónica de Rusia, o la cósmica de... pongamos de la República de Andorra... ¿Por qué no?

por ALEJANDRO SUX

Palabras de Einstein

Hay, sin duda, en los campos opuestos, buena cantidad de personas de juicio sano y sentido de justicia, capaces y ansiosas de elaborar en conjunto una solución para las presentes dificultades. Pero los esfuerzos de tales personas se hallan frustrados por el hecho de que les resulta imposible reunirse al efecto de discusiones libres. Me refiero a personas habituadas a la consideración objetiva y que no serían confundidas por un nacionalismo exagerado o por otras pasiones. Esta forzosa separación entre los pueblos de ambos bandos constituye uno de los mayores obstáculos a la solución del candente problema de la seguridad internacional.

En tanto el contacto entre ambos bandos se limite a las negociaciones oficiales, veo pocas perspectivas de un acuerdo inteligente, puesto que las consideraciones de prestigio nacional, así como el hábito de hablar para la galería, hacen casi imposible un progreso razonable en ese sentido. Todo lo que una de las partes sugiere oficialmente, se hace por este solo hecho sospechoso para la parte contraria. Además, detrás de las negociaciones oficiales se halla siempre—aunque a veces velado—la amenaza de la fuerza cruda. El método oficial puede tener éxito sólo después de un trabajo previo, de naturaleza no formal, haya preparado el terreno; previamente es necesario lograr la convicción de que es posible alcanzar una solución mutuamente satisfactoria. Luego podrán realizarse las verdaderas negociaciones con gran probabilidad de éxito.

Los hombres de ciencia creemos que el destino de nuestra civilización depende de lo que nosotros y nuestros semejantes hagamos o dejemos de hacer en los próximos años. Y consideramos que es nuestro deber ayudar al pueblo a comprender todo lo que está actualmente en juego y a trabajar, no por el apaciguamiento, sino por la mutua comprensión y el entendimiento final entre los pueblos.

Diccionario enciclopédico

ESTADO.—Máquina política y órgano del poder autoritario inventada por la mente diabólica de los ambiciosos. El Estado empezó siendo un pretexto rector de la vida social, que tiene sus leyes naturales propias, para convertirse en el mayor obstáculo de perturbación y de degeneración de los instintos sociales del hombre. El Estado es un aparato de coacción y de fuerza inseparable de los ejércitos, de las legiones mercenarias de espías, confidentes, provocadores, policías, burócratas, jueces y verdugos. No se concibe el Estado sin leyes absurdas y draconianas, sin tribunales inclementes y parciales, sin cárceles, premios, torturas y guerras: «El Estado caracteriza a ese monstruo que no se gna por consideración alguna superior, que ordena como un dios terrestre ley y justicia, derecho y posesión, según su capricho, marcando incluso arbitrariamente los conceptos de lo bueno y de lo malo, y garantizando, en cambio, la vida y la propiedad a todos los que caen ante él de rodillas y le ofrecen sacrificios.» (F. A. Lange).

del hombre, no podemos denigrarlo, ni despreciarlo ni maldecirlo sin que el desprecio y la maldición recaiga sobre nosotros mismos.—«El hombre es para sí su cerebro, su mundo, su fin, su dios, su todo. Es la idea eterna que se encarna y adquiere conciencia de sí misma; es el ser de los seres; es ley y legislador, monarca y subdito. Busca un punto de partida para la ciencia; lo halla en la reflexión y en la abstracción de su unidad pensante; busca un principio de moralidad; lo halla en sus ideas. ¿Busca la divinidad? La halla consigo. Un ser que lo reúne todo en sí, es indudablemente soberano. El hombre, pues, todos los hombres, son ingobernables. Todo poder es un absurdo. Todo hombre que extiende su mano sobre otro es un tirano. Es más: es un sacrilegio.» (Pi y Margall).

FIESTA.—Acto, reunión, jornada o velada libremente concertada, impuesta por la costumbre, la tradición o decretada por los gobiernos, para celebrar determinados acontecimientos, de orden familiar, doméstico, religioso, histórico o patriótico. La fiesta, cuando es espontánea, trasunto de un estado de ánimo expansivo, tiene un significado social y es una afirmación de los sentimientos fraternales y de cooperación entre los hombres.

Dependiente de las tradiciones patrióticas, mitológicas y banales, y administrada a fecha fija por la autoridad de la parroquia o del Estado, representa un acto de sumisión humillante y una abdicación vergonzosa de la personali-



«Hay que tener en cuenta—se nos dice—que en el campo comunista existen, también, personas de buena fe y hasta idealistas sinceros»

«Vuestros ataques—prosiguen—elvidan estas honrosas excepciones, haciendo gala de un sectarismo injusto que nos atreveríamos a calificar de totalitario»

Confesamos que hemos sido reacios en reconocer—entre el rebaño arreado por el comunismo—las salvedades constatadas en reses y ganados apacientados en diversas praderías.

Haciendo cuestión aparte del idealismo—dejado en cueros vivos por los propios profetas y artifices del comunismo—confesamos que la buena fe pura y simple—en el campo de nuestros solaces—no ha conseguido caldear nuestro entusiasmo.

Ninguna escuela, credo político ni religioso—de los tenidos en nómima en certidades astronómicas—, exige del hombre—de la conciencia, de la dignidad y hasta de la buena fe del hombre—la capacidad de sacrificio estúpido, de renuncia, de baja y de anonadamiento que reclama e impone el comunismo.

Se puede ser cualquier cosa—sacristán de aldea y archipámpano de Calahorra—sin pasar por las molendas y maceraciones que exige al simple monaguillo el Sumo Pontífice de la iglesia comunista.

Las vísceras, el corazón, el cerebro—y hasta los mismos riñones—se sacrifican en el bautismo comunista cual menudos al delicado paladar del gastrónomo máximo.

Sólo resisten la prueba los que dan el peso, la medida y la calibración precisa exigida por los cubidores, calibradores, reactivistas y oráculos que pueblan las oficinas de censo, enrolamiento y catastro del comunismo.

Quien logra penetrar esas defensas, ¡podés tener por seguro que posee materia prima en abundancia para aspirar a perro policía, a torturador chequista, a «picador» por equinas y despobladas, a disco mecánico de consignas, a gacelero de difamaciones y calumnias y hasta a vendedor y propagandista de drogas letales como «Luitta» y «Mundo Obrero».

El comunismo es un producto de selección al revés—científicamente preparado—, y sólo mueven nuestra consideración los obligados a padecerlo como una peste o a exaltarlo su pena de un trabucozo en la nuca.

Se puede ser anticomunista sectario sin remordimiento—y sin temor de perder el cielo—; combatir a los «chinos» a discreción, dando de cotes a las piezas mayores, medallas y simples peones pululantes por el ajedraído tablero, seguros de no atropellar otra cosa que mera carnaza o vil carroña.

«Fiesta de la República. Me he paseado por las calles. Los petardos y banderas me divierten como a los niños. Sin embargo, es idiota alegrarse a fecha fija, por decreto del gobierno. El pueblo es rebaño tanto, tan pronto estupidamente pasivo como ferocemente reuiverto. Se le dice: «Diviértete», y se divierte. Se le dice: «Ve a bañarte con el vecino», y se baña. Se le dice: «Vota por el emperador», y vota por el emperador. Después se le ordena «Vota por la República», y vota por la República.» (Guy de Maupassant).

Del «Concurso de reportajes de RUTA»

por Antonio Téllez

ROMA: Anfiteatro Flavio o Coliseo

Para todo aquel que ha tenido ocasión de visitar Italia, ésta se le ha aparecido por primera vez como nación fabulosa, teniendo más de leyenda que de realidad. Es Italia país inolvidable para el viajero amante de todo aquello que significa o representa un estabón en la historia del mundo. Es libro abierto que con toda benevolencia aclara las múltiples dudas o errores, nacidos de la consulta exclusiva de los textos.

Hay en Roma una fuente en la que todo viajero arroja unas monedas. La tradición dice que quien efectúa tal acción no morirá sin volver siquiera una vez más a la Ciudad Eterna. Yo, que también ejecuté el rito tradicional, puedo asegurar ahora que todo el que pasa por Roma una vez, aunque no visite la citada fuente, intentará más tarde regresar a esa ciudad acogedora, donde cada piedra es la historia de un pueblo, cada museo antología detallada de innumerables civilizaciones; cada rincón, en una palabra, despierta la nostalgia y transporta al viajero, cual tapiz mágico, a través de países ignorados, ayudados de toda imaginación. Todo aquel que por azar no puede regresar a Italia, morirá con la pesadumbre de abandonar el mundo, dejando por reanudar una cosa fundamental de la que no podía prescindir.

De todas las magnificencias de la Roma antigua y que, numerosas, obstaculizan nuestro paso, es especialmente de una de la que quiero hablar: el anfiteatro Flavio o Coliseo.

Fué el emperador Vespasiano quien, en el espacio comprendido entre el Caelius, el Palatino y el Esquilino, mandó construir el Coliseo, enorme mole de dos pisos, con capacidad para 70.000 espectadores. Su forma era elíptica, de una circunferencia exterior de 524 metros. En su centro se desarrollaban las fantásticas y crueles orgías de sangre en las que se hacían animales feroces y seres humanos equipados por toda defensa con un simple lanzón. Para dar idea de lo que eran esos juegos, señalaremos que en tiempos de Pompeyo habían aparecido en la arena diez y siete elefantes y quinientos leones. Más tarde, y con objeto de dar mayor dramatismo a las diversiones, se suprimieron los combates entre hombres y fieras, arrojando a las víctimas al ruedo, desprovistas de toda vestimenta y encadenadas. Allí fueron lanzados miles de cristianos de todo sexo y edad, pereciendo de hambre ante el sádico pueblo romano.

El Coliseo, fué inaugurado por Tito en el año 80 con espectáculos que duraron cien días, en los cuales perecieron más de 5.000 animales salvajes venidos de lejanas tierras y centenares de seres humanos.

Después del incendio del Maecim fué restaurado por Diocleciano y por Teodosio II, después del terremoto del año 442.

En su última restauración se vió dotado el Coliseo con cuatro pisos, de una altura total de 50 metros y donde cabían desahogadamente 90.000 espectadores.

Aun hoy el espectáculo de tan grandioso edificio, asombrado y en ruinas, es más que suficiente para suponer el imponente aspecto que ofrecía en los tiempos fastuosos del imperio. A los tres primeros pisos corresponden las ochenta arcañas que con acceso al interior, dos de ellas reservadas al emperador y demás eminentes personajes, otras dos a los gladiadores con sus servicios y acompañamiento.

Para dar una ligera idea de lo que representaban estos sucesos y sus sangrientas actividades en la antigua Roma, citaremos un pasaje de la «Historia de la Civilización Antigua», de Seignobos: «Cuando Augusto se hizo popular en Roma por que dejaba ver su tedio durante los espectáculos, y porque se ponía a leer, hablar o dar audiencias en vez de mirar. Cuando levo consigo a los gladiadores para servir contra los bárbaros que invadían Italia, el populacho estuvo a punto de sublevarse «quiere privarnos de nuestras diversiones, decían, para obligarnos a filosofar».

El Coliseo es de ladrillo, con revestimiento de bloques de travertino en el exterior y estucos y mármol en el interior.

Los arcos del primer piso estaban sostenidos por columnas dóricas, los del segundo por jónicas los del tercero eran de arte corintio. El cuarto piso estaba desprovisto de arcos y, en su lugar, habían abierto grandes ventanas rectangulares de las que quedan muy pocas.

La cornisa, en la cumbre, tenía aberturas simétricas para el pasaje de las antenas de madera cubiertas de bronce, que servían para sustentar un inmenso toldo que debía proteger a los espectadores de los rayos del sol. Se comprende esta instalación si se tiene en cuenta que, especialmente en los últimos tiempos del Imperio, los juegos duraban sin interrupción de la mañana a la noche.

De lo que era plataforma del circo no queda absolutamente nada. Unas recientes excavaciones han puesto al descubierto una extensa red de corredores utilizados por los empleados del circo, así como las jaulas que mantenían en cautiverio las bestias feroces destinadas a ser lanzadas al ruedo.

La plataforma de la arena era de madera, móvil a varios metros bajo el nivel del actual suelo.

También se ha descubierto una instalación de cañerías que se supone servían de conducto a las aguas cuando se realizaban espectáculos náuticos. Hay un sin fin de otras construcciones cuyo uso es desconocido.

En los días de festejo, el pueblo, en compacta multitud, se agrupaba por las inmensas arcañas, inundaba literalmente las amplias escalinatas que daban acceso al «podium». El podio, plataforma que rodeaba la arena—amplazado a unos siete metros de su nivel—veía a los «designatori»—nuestros acomodadores—precipitarse febriles a derecha e izquierda, designando a cada uno el lugar que debía ocupar.

Este emplazamiento era el privilegiado, destinado a todas las personalidades de la política y de la magistratura, y a las meretrices en boga que compartían los honores de sus protectores, etc.

Las diferentes clases sociales de Roma, tenían también cada una de ellas lugar reservado en «la cavea»—el podio formaba parte de la misma—con tres divisiones básicas: la primera de 24 pedanos, la segunda de 16 y la tercera de 10.

El estrado superior, primitivamente en madera y más tarde sustituido por mampostería en tiempos de Alejandro Severo, añadió encima de las tres secciones de «cavea», una galería de columnas que daba la vuelta al interior y que contenía a las mujeres y la plebe apinados como en inmensos engambres de más de 20.000 individuos.

Hoy no queda gran cosa de lo que fué gigantesca construcción. No han sido los años los destructores más encarnizados de tan colosal monumento.

En tiempos de Carlomagno, el Coliseo estaba intacto, pero los romanos lo transformaron y sirvió de fortaleza de los Frangipani y de los Annibaldi, contrarrestando la mole de San Angelo, barrio de los Papas.

Luego, al iniciarse las grandes construcciones, fué cantera con cuya piedra se levantaron numerosos edificios. El palacio de Venecia, construido por el Papa Paulo II, y el de Ramese, por Paulo III, son las construcciones más significativas de aquella demolición. El cardenal Riario hizo levantar la Cancillería con materiales de la misma procedencia.

Fue benedicto XIV quien impidió que tan monstruosa obra de demolición se prosiguiera, consagrando a la Pasión de Cristo, y erigiendo un altar en su centro en memoria de los mártires que allí habían muerto. Pio VII y León XII emplearon cuantiosas sumas en el sostenimiento y restauración de lo que ya eran ruinas.

Hoy día es monumento nacional y lugar de cita para los galanteos nocturnos, donde deambulaban gran número de cortesanas de nuestra época.

UNA BIOGRAFIA DE KROPOTKIN

Compañeros: Estoy trabajando en la preparación de una biografía completa de Pedro Kropotkin. Desde hace mucho tiempo se siente la necesidad de una biografía de aquel hombre que fué grande como revolucionario, como científico y como escritor. Para llenar este vacío en la medida de mis fuerzas, agradeceré muchísimo me sean enviadas cartas concernientes a la vida de nuestro gran desaparecido, así como documentos y demás informaciones biográficas. Naturalmente, las cartas y documentos que me sean enviados, serán merecedoras de mi más cariñosa atención y serán devueltas a los remitentes una vez copiadas.

Fraternalmente vuestro,
George Woodcock.
C/o «Freedom Press»
41 Red Lion Street
LONDON, W.C.1

LOS LIBROS

(Viene de la cuarta)

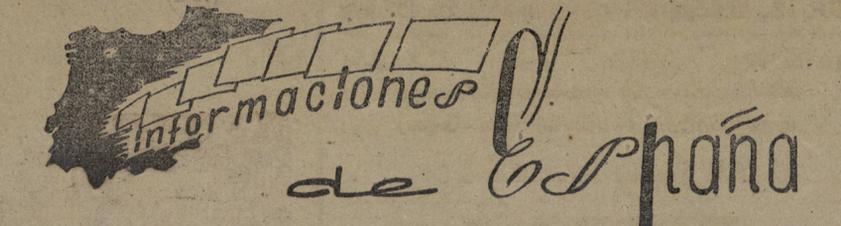
debe también santificarse. El enemigo, en cambio, es la bestia negra que aulla y mancha. Los alemanes no son hombres equivocados: son menos que eso, no son hombres. Se lucha contra fieras. Se sabe que el exterminio, es—más que el triunfo—el placer y la voluptuosidad. ¿Cómo entonces no entregarse a esa dicha de masa, rar, asesinar, exterminar? El soldado rojo debe ser dichoso en la carnicería: sangre, muerte, aullidos de fieras que deben ser aullidos de hombre, y ríe cuando mata, porque sabe que consigue así una plaza en el reino de los cielos.

Ningún personaje en «Años de Guerra» conoce la tristeza de saber que matar es su único recurso. No aparece la piedra en todo el libro. Corre por sus páginas un halo de odio exaltado, torrencioso, casi isico. Ignatiev, Bogariov, Uchev, viven en la medida que extirpan y masacran. No hay maticos en que oiden ese desolador terribre de asesinar hombres? No hay instantes en que comparegan su enorme acaramiento de la humanidad? No, no los hay. Así el testimonio ha olvidado que las cosas desastrosas, y ha olvidado así—tal vez eso no tiene importancia para su concepción de literato—la paz y el disciplinamiento que también hubiera podido ser hombre.

«Años de Guerra», como todos los libros escritos sobre la última contienda—de derecha e izquierda, de Oriente a Occidente—es una tristeza amarga y pesada; tristeza que hace de no haber podido encontrar en todas sus páginas un solo gesto de ternura más auténtica. «Lágrimas? Sí, de odio; pero ninguna que tiemble por nuestra humanidad, por la humanidad de todos.

Grossman es un buen ciudadano soviético, un excelente artista soviético. Piensa, escribe y siente como sólo un literato soviético sabe hacerlo: disciplinadamente, acoplado, cadenciosamente. Ama su patria, su estado y su bandera; ama su catolicismo—su evangelio. Es, en tanto que artista, un perfecto militar.

R. Mejías Peña.



(De nuestros corresponsales en el interior)

NOTICIAS DE BARCELONA

El paro obrero.—Resulta curioso contrastar el gráfico que—expuesto en las vitrinas de la sede de la C.N.S. en Barcelona—indica no existir un solo obrero en situación de paro forzoso en toda Cataluña, durante el año 1948, con la infinidad de personas que, diariamente, acuden a dicho centro a solicitar trabajo, sin conseguirlo.

Los grupos parados, numerosos en las cercanías del puerto y pululantes por todas las arterias de la ciudad, deben ser producto de mi imaginación.

Las barracas que a diario van levantando familias desahuciadas de sus pisos, en Somorrostro, Puente Marina y Casa Antúñez; las cuevas que van multiplicándose en las barriadas extremas y que el ciudadano barcelonés, irónicamente, llama «viviendas protegidas», no deben existir más que en mi celebro.

La forma prodigiosa con que aumenta la mendicidad, los robos y atracos que se producen a diario, deben ser ilusiones de elementos «destractores» del orden y desafectos al régimen.

Todo ello recuerda, con sabor trágico, aquella promesa de Franco: «No habrá hogar sin luz, ni sin pan».

La Checa del C.A.D.C.I.—El comunicado oficial dando cuenta del decaimiento de una checa en lo sótanos del antiguo local del C.A.D.C.I. en Barcelona, sito en las Ramblas, ha sido muy conciso. Y lo ha sido porque, según «Producción», órgano de la C.N.S. en Barcelona, esta checa fué «inaugurada» después de los sucesos de mayo de 1937 y, lógicamente, sólo pasaron por ella militantes libertarios y del P.O.U.M.

He aquí, a continuación, la versión que «Producción» da de esta checa: «Por las referencias y por los datos recogidos, al parecer esta cárcel fué habilitada por los comunistas, del que era final el C.L.D.C.I. integrado dentro de la U.G.T. y del P.S.U.C., durante los sucesos del mes de mayo entre ambas sindicatos marxistas, y al antiguo caserón de las Ramblas fueron conducidos numerosos obreros afiliados a la C.N.T. y de los cuales jamás se ha sabido nada más.

«Como el mundo sabe que los sucesos del mes de mayo, en plena época roja, tuvieron una vital importancia, ya que se desvió de una manera concreta el íngenuo de los partidos marxistas. En comunismo, ante esta importante decisión, pretendo eliminar a todos los contrarios, especialmente a la C.N.T., que hasta entonces había mantenido en los frentes de combate el grueso de la lucha. Fue por aquellas fechas, cuando, amparados con el armamento rojo y desapareciendo entonces algunos dirigentes comunistas, más tarde, so pretexto de un atentado contra el dirigente comunista Comorera, fueron igualmente detenidos varios anarquistas pertenecientes a Sindicato de Distribución y de los que tampoco se supo jamás nada. ¿Qué se ha hecho de estos hombres? Humanamente hay que pedir responsabilidades, aun en el caso de que fueron enemigos nuestros.

Creo innecesario hacer ningún comentario. Todos sabemos cuán desgraciada ha sido esta verdad de las checas.

Jolgorio y preocupación.—Han transcurrido ya las fiestas navideñas. Se ha celebrado ya el sorteo de Navidad, en el que la provincia de Barcelona sola, jugaba 134 millones de pesetas y a la que sólo le han tocado unos 50, 18 de ellos a una sola mano (un industrial de Colli-blanca, que jugaba seis mil pesetas en el número que ha sido favorecido con el segundo premio.

Se han duplicado las restricciones eléctricas y se ha dado racionamiento por valor de 25 pesetas para esta semana, en contraposición con el de la semana pasada que sólo valía cinco pesetas.

Pasan las fiestas y vuelven las preocupaciones, corregidas y aumentadas.

Restricciones, más severas quizás, de electricidad, pues estas pesadas lluvias no han solventado en nada la situación de los embalses, que siguen sin reservas hidroeléctricas.

Temor de que las Cortes del Reino aprueben el proyecto que les ha sido sometido a estudio, autorizando a los patronos que no emplean más de diez obreros, a cerrar sus fábricas o talleres sin conceder la prima de compensación (tres mil pesetas) que hasta ahora ha sido obligatorio y a aquellos patronos que empleen a más de diez operarios, a despidir hasta la cuarta parte de los mismos, así lo creen necesario para poder capear la actual crisis económica.

Posible aumento de precio de los artículos de primera necesidad.

Un poco de humor.—La ironía política es también un tema de aplausos en el teatro. En el Cine Alarcón de esta ciudad, se alterna el cine con el espectáculo de variedades. Un actor sale a escena con el propósito de recitar una poesía que—dice—no se sabe aún de memoria. Simula leer en un papel: «Venta libre de ideales», y reaccionando inmediatamente, cambia de hoja, diciendo: «No, de eso no venden aquí. El chiste se justifica en el hecho de que en los

1913 y no me da la gana de participar en esa orenda llena de ridicez e hipocresía. La ridicez es panaria en el primer parraio del cursi discurso orendario que copio a continuación: «Señor y Patrono nuestro Santiago: a tus plantas nos postramos humildemente los hombres que en la España rescatada por Vos de las tinieblas, tenemos por oficio escribir la crónica de cada día para que nuestros compatriotas discernan entre el ala del Arcángel y el socio cartilago de Santiago.—Cifra».

Es para morir de risa. Más adelante dice: «¡Hijos aquí de hinojos sobre las sacras piedras de Iria Flavia impetrando vuestra protección cerca de Cristo Rey...»

Y todo por el estilo tan cursi como idiota y canalla. La reseña de la prensa termina con esta nota: «Terminados los actos, se celebró en un hotel un banquete de confraternidad de todos los periodistas, al que han asistido también las principales autoridades y representaciones oficiales de Santiago.—Cifra».

Estos mequetrefes, que no saben escribir sin regolar cursilería y que se titulan periodistas, son los mismos fracasados que no logran ver sus deyecciones linotipadas hasta que Franco les concedió patente de corso y que, cuando mandaban los comunistas, alzaban rabiamente el puño cerado para hacer méritos que no les fueron reconocidos.

Crean tanto en Santiago y en Cristo Rey como yo y como tú; pero se trata de defender el pesebre y la vanidad de ser periodista; y los numerosos «remses» en metálico que Franco prodiga como quien le da cacahuets a los monos del parque.

Los verdaderos periodistas españoles están fuera de España, en el destierro, y los que quedamos aquí no escribimos. Y, si algunos quedan aquí escribiendo, a quienes no se les da de negar el título de periodistas y, en muchos casos, la técnica de la profesión, no tienen vergüenza al no protestar de que en su nombre se realicen manifestaciones de hipocresía tan ridículas y repugnantes.—Corresponsal.

ANTENA. Crean tanto en Santiago y en Cristo Rey como yo y como tú; pero se trata de defender el pesebre y la vanidad de ser periodista; y los numerosos «remses» en metálico que Franco prodiga como quien le da cacahuets a los monos del parque.

Los verdaderos periodistas españoles están fuera de España, en el destierro, y los que quedamos aquí no escribimos. Y, si algunos quedan aquí escribiendo, a quienes no se les da de negar el título de periodistas y, en muchos casos, la técnica de la profesión, no tienen vergüenza al no protestar de que en su nombre se realicen manifestaciones de hipocresía tan ridículas y repugnantes.—Corresponsal.

ZARAGOZA.—La Federación de Asociaciones de la Prensa ha comparecido solemnemente ante el feñiche o imagen del apóstol Santiago para ofrendarle los trabajos periodísticos publicados en su honor con motivo del Año Santo.

Su presidente, Víctor de la Serna, hijo de esa cacatía que se llama Concha Espina, ha hecho la ofrenda en nombre de todos los periodistas españoles. Yo protesto, porque soy periodista desde

Ciencia y tecnología

La guerra contra las ratas no termina nunca. El más terco parásito del hombre y más impenitente roedor, pardo o negro, abre sus galerías a través de casas, oficinas, restaurantes, hospitales, cisternas, almacenes, campos y tierras ribereñas. Las ratas son responsables de dos mil millones de dólares anuales de estragos sólo en los Estados Unidos. Un cincuenta por ciento de estas pérdidas son alimentos.

La más grande amenaza de las ratas consiste en la transmisión de enfermedades que provienen de los insectos que las infectan. La terrible plaga bubónica es una enfermedad propagada por las ratas. Asimismo el tífus endémico, la fiebre producida por el mordisco del mismo animal, cierta clase de disentería, la triquinosis y posiblemente la ptomiana, la parálisis infantil, el sarampión, la fiebre escarlantina, la hidrofobia (rabia) y la tenia (solitaria).

La guerra contra las ratas

Entre ciento treinta a ciento cuarenta millones.

Ni el terrible veneno «Antured-squill», ni el conocido «1080», pudieron acabar con esa peste. Por el contrario, estudios recientes efectuados en Baltimore sobre unas ciento sesenta mil ratas, demuestran que los venenos ayudan actualmente a su propagación. Los venenos, algunas veces, logran reducir la población roedora a la mitad; el resto, mejor alimentada, aumenta de peso en un 25 por ciento, y en un 30 por ciento sus crías, y antes de un año, repoblan con creces a sus parientes envenenados.

Hace dos años, el «Committee for Studying Animal Societies», dirigido por el Dr. J. P. Scott, del «Memorial Laboratories», de Bar Harbor (Maine), inició un madurado programa de investigación sobre la vida y hábitos de los animales que viven en colonias. Este trabajo ofreció al Dr. J. B. Calhoun, un joven ecologista (dedicado al estudio de las relaciones entre los organismos y el medio en que se desenvuelven), la posibilidad, quizá, de hallar la clave científica de acabar con las ratas.

En el patio de su casa de Baltimore, Calhoun, operó sobre un espacio aproximado en que suele desenvolverse una colonia de ratas. Rodeó el lugar con una red de alambres lo suficiente espesa para impedir la penetración de los gatos y construyó en el centro

un depósito para la comida, poblando el recinto con cinco parejas de ratas de Noruega.

Por la noche, Calhoun iluminó su campo, y encaramado al mismo en una torre cercana, se puso a espiar a los roedores cuando éstos salían a comer. Al poco tiempo, la colonia había aumentado a ciento cincuenta miembros y el observador había podido anotar las siguientes observaciones sobre la vida de la rata común: Las comunidades de ratas se dividen en sectores y «cliques» como en las pequeñas ciudades. Esos sectores ciudadanos se comportan perfectamente con las ratas entre las cuales han crecido. Pero aborrecen a todos los extranjeros: simples visitantes; al extremo de amarrarlos y morderles hasta ocasionarles la muerte.

La rata es un animal eminentemente doméstico, a quien no gusta moverse lejos del lugar en que ha nacido. Cualquier cambio observado en este lugar en que suele vivir, le causa disturbios emocionales. La rata abre galerías o pasos a utilizar en sus idas y venidas desde el escondrijo hasta el lugar donde suele procurarse los alimentos.

Los miembros más importantes de la colonia viven lo más cerca posible de los alimentos y tiranizan a los otros miembros. Uno de los ejemplares «élite» de Calhoun, gustaba de situarse frente al túnel que conducía al lugar de los alimentos y alejaba, atemorizándolas, a las otras ratas.

A Ricardo Mejías Peña

El destino social de la cultura

«Cultura es lo que el hombre que cultiva la tierra lleva cultivado en el rostro».

Eduardo Mallea.

CREO que seremos muchos los que hemos seguido con interés la serie de artículos que, bajo el primer título de «Psicología de la cultura», viene publicando RUTA. Creo que seremos muchos los que le leemos, porque creo que plantea, con la hondura de ideas necesaria, y la claridad de lenguaje requerida, un problema general en el que muchos nos hemos detenido y que es, también, uno de los más urgentes a resolver en nuestro tiempo. Es ante el último que he leído, sin embargo, que quiero detenerme, glosarlo, cotejarlo con otras opiniones leídas por mí, y mirar de proyectar otras luces sobre algunos pasajes tuyos en los que, tal vez por la tiranía del espacio, no te has detenido lo suficiente.

«Es o no la cultura—la de ahora y la de mañana—el origen de la moral y el regulador de las relaciones humanas?», preguntas. Y cerca del final de tu artículo, respondes: «La sabiduría no es la moral, la cultura no es el bien, la inteligencia no es el fundamento de la ética: ni su comienzo, ni su fin». Pero la cultura puede ser el instrumento más eficiente para el avance y perfeccionamiento de la moral. La moral—aceptamos—no es en principio un producto de la cultura. El refinamiento intelectual no presupone, en sí, un mejoramiento moral correlativo. La inteligencia es una condición independiente de la moral, según la definición corriente—y lógica—de ésta: es decir, bondad, elevación de sentimientos, distinción del comportamiento, cualidad humana... La cultura puede servir a dar consciencia a las actitudes morales, sistematizándolas. Siempre será mejor ser bueno por naturaleza y por principio, por constitución íntima y conscientemente, que no porque así nos hicieron. El proceso repurador de la moral se produce a través de la cultura, y es aquí cuando ambas nociones se complementan, se entrecruzan y se fecundizan.

Son numerosos los casos, entre los paladines de la cultura, de verdadera fe en su poder modelador y profundamente moralizante. Erasmo y los erasmistas vivieron con el convencimiento fervoroso de que la cultura sería la base de una nueva convivencia humana, de la que quedaría desterrado el principio bárbaro de la fuerza. Si las nociones de bien y mal estaban ya, desde siempre, planteadas en el hombre, la cultura aparecía como medio definidor de ambas y como recurso poderoso contra el mal. Todo el combate de Erasmo está saturado de este principio. Pero queda a entender que si la cultura es un medio, un instrumento, para que adquiera su plena eficacia debe socializarse, ser patrimonio multitudinario, no un privilegio de élites—como sucede más comúnmente—que, por conservarlo, la adulteran y envenenan hasta convertirla en una profesión inasequible, en un producto laberíntico. Sólo así tendríamos una cultura viva al servicio del hombre, no un lenguaje cabalístico para uso y distracción de snobs e iniciados. Quizás se escandalicen algunos del sentido aparentemente utilitario que aquí le damos a la cultura, pero no hay tal, puesto que empezamos otorgándole el más evidente título nobiliario: el de ser una función cuyo destino es el de renovar y dar una más alta consciencia a las cualidades espirituales del hombre.

Claro que puede objetarse: ¿Y si la cultura no es eso? Es fácil que, considerada históricamente, la idea de cultura, y la función de cultura, aparezcan diversamente. Para Toyubé, culturas son las religiones, y sabemos que las religiones, esencialmente, han aparecido y operado sobre el hombre como elemento moderador y modelador, es decir, profundamente vinculado a lo moral. No cabe duda que esas culturas o religiones han respondido al imperativo espiritual de un momento humano que ha durado, a veces, largos siglos. No cabe duda tampoco que todas las sociedades han creado su cultura—o la han recreado, o asimilado de otras—

y después de su misma desaparición es su cultura la que ha sobrevivido. Unamuno dice: «Todas las civilizaciones sólo sirven para producir culturas, y que las culturas producen hombres. El cultivo del hombre es el fin de la civilización, el hombre es el supremo producto de la humanidad, el hecho eterno de la historia». Como para Unamuno, civilización y cultura se compenetran, el cultivo del hombre es el fin de la civilización—de la cultura—. El cultivo del hombre, que es el supremo producto de la humanidad, y no el cultivo de una élite, de unos cuantos privilegiados.

«Cuando la cultura ha cumplido esa función cultivadora de lo más humano que lleva dentro de sí el hombre? Siempre, tal vez, pero fraccionariamente. Los oñicantes de la cultura—de todas las culturas—magos, sacerdotes o intelectuales, han intentado siempre encerrarla en fórmulas esotéricas de las que sólo ellos conocen el maravilloso «Sésamo, ábrete», capaz de interpretarla. La cultura no ha conseguido desarrollarse nunca plenamente, en toda su trascendencia y magnitud, hasta llegar a ser una conquista social. Aunque la élite intelectual se ensanche cada día más, la cultura ha quedado siempre prisionera en su medio, como una prerrogativa de clase. Hoy, cuando el progreso técnico, poniendo al alcance de las multitudes los medios más inmensos de divulgación, podría facilitar una expansión ilimitada de la cultura, lo que se nos sirve generalmente como tal es una mixtura intelectualista completamente desmedulada y hasta embrutecedora. La cultura, como instrumento de clase, se desvía lamentablemente de su destino social. Al hacerse ininteligible, como la ciencia, puede obtener la sumisión reverencial de las masas, que no la comprenden y la semidivinizan. «Quiere elevarse el hombre, pero el hombre se hunde». De ahí que a veces, la confusión que crea, su apariencia de privilegio, la hagan aparecer aborrecible, y aun otras veces, por su apariencia pedantesca e intrincada, sugiera la ilusión de un inefable regreso al primitivismo instintivo, al mundo de las grutas y de los sílex—el hombre volvería a empezar, no hay que dudarlo—, por oposición a un letárgico recargado, a una suficiencia inexplicable y aplastante. No hay que extrañarse de estas reacciones, como tampoco de las que frecuentemente vemos contra las máquinas y la ciencia, que nos han traído hasta a la bomba atómica.

Cabe decir, para terminar, que al traicionar su misión social, la cultura—la falsa cultura, la cultura falseada—, se convierte en un instrumento más de opresión, aunque más pernicioso y criminal que cualquier otro, porque tiende a la perversión y embutecimiento del espíritu, único terreno humano donde encontremos alguna vez la clave para resolver el peliagudo problema de la convivencia humana. La degeneración de la cultura comporta inmediatamente la degradación espiritual. Porque las sucesivas culturas nos han conducido a un momento de nuestra historia en el que cultura y moral, siendo dos funciones distintas, forman una sola realidad. Y el envilecimiento de la idea de cultura lleva aparejados la degradación de la sociedad—será eso que llaman crisis de Occidente?—y el ocaso de la civilización, cuyo fin, como afirma Unamuno, es el cultivo del hombre. Y si este fin se traiciona, el hombre será en última instancia el traicionado, el que una vez más pagará los platos rotos. Para que así no sea, hay que luchar, no contra la cultura, sino por una nueva cultura que sea vehículo de civilización—en su sentido prístino, genuino—, e instrumento de perfeccionamiento moral, es decir social.

B. MILLA.

Nota de la Redacción.—Damos publicación al adjunto trabajo polémico de nuestro estimado colaborador Benito Milla, seguros de que, dado su tacto proverbial para tratar los problemas y teniendo en cuenta igual solvencia y virtud en el compañero Mejías Peña, otro de nuestros selectos colaboradores, vamos a asistir a una discusión elevada, digna de dos jóvenes escritores libertarios, sobre un tema interesantísimo para nuestra época.

DE ADMINISTRACION

Relación de giros recibidos en esta Administración en el período comprendido entre el 16 y 31 de diciembre de 1938:

Narváz de La Rochelle, 900 francos; Vidal, de St-Chamond, 268; Cuartelles, de St-Astier, 182; Gonzalo, de Perpignan, 6.718; Huertas, de Riom, 1.290; Valero, de Brugnac, 500; Tomás, de Ax-les-Thermes, 1.200; Puig de Auterive, 504; Pérez, de St-Pierre du Perray, 300; González, de Burdeaux, 2.400; Ibáñez, de Banyuls, 200; Sánchez, de Gueret, 96; Samitier, de Aynès, 454; Martínez, de Albi, 310.

Chaume, de Sariat, 264; Campa, de Mont de Marsan, 900; Alvarado, de St-Henri, 2.640; Domenech, de Carmaux, 1.200; Muro, de Saint Paul, 178; Fernández, de Montluçon, 700; Brabezo, de St-Jean, 1.112; Cuevas, de Montech, 864; Valero, de Ales, 1.800; Serrano, de Semtine, 288; Pérez, de Lavardac, 900; Caroz, de Guiley, 700; Lopez, de Verfeil, 600; Lozano, de Beziers, 1.172; Canizar, de Dreux, 720; Bages, de Corveissiat, 300; Mateo, de Venissieux, 1.140.

Blasco, de Pamiers, 1.260; García, de Tarbes, 828; Rosquillas, de Marcellac, 262; Santamaría, de Lourdes, 792; Aguilarr, de Pierrefitte, 1.310; Sorrozal, de Castelnaud, 150; Soler, de Foix, 940; Utoima, de Arles, 960; Martínez, de L'Hopital, 958; Albeach, de Ales, 600; García, de Paris, 372; Carreras, de Lille, 600; Valls, de Carcassonne, 840; Murillo, de La Grand Combe, 1.089; Capdevila, de Paraza, 230; García, de Marmande, 150; Larrea, de St-Etienne, 300; Ortuño, de Thezan, 350; Rodríguez, de Pierrefitte, 300; Castell, de Equevilley, 150; Bernabeu, de Alger, 768; Martín, de Villeneuve sur Lot, 482.

Mompeau, de Marseille, 3.600; Ferréte, de Limoges, 1.380; Muro, de St-Paul, 182; Galve, de Bourges, 1.500; Durán, de St-Girons, 775; Samper, de Axat, 662; Martínez, de Angouleme, 615; Molina,

NECROLOGICA

LUIS JORDAN

La Regional Aragonesa acaba de experimentar una pérdida sensible con el fallecimiento del compañero Luis Jordán.

Luis Jordán, militante de la Organización, era también un militante activo de las Juventudes, al cual debemos en buena parte la organización juvenil de la Comarca de Aguara.

Reflexivo, educado, poseyendo el «don de gentes», sabía hacerse querer y comunicaba el ardor que le animaba a su alrededor.

Su fallecimiento en el hospital de Auch y sus últimos momentos, fueron ensombrecidos por la presencia del cura odioso, el cual, pese a su negativa de recibirlo por cuatro veces, aguardó a que perdiese el conocimiento, para violar y profanar su conciencia.

La monja—tal para cual—negó la entrada al padre de Luis durante su agonía, para poder realizar más impunemente su crimen de lesa-conciencia.

Al entierro—pese a que era un día laborable y muchos de los compañeros habitan a 30 y más kilómetros—concurrió una numerosa asistencia.

A su padre y hermano, nuestro más sentido pésame.

Manuel Blasco.

de Berre, 100; Carod, de St-Etienne, 1.440; Grasa, de Ste-Livrade, 480; Pueyo, de Agde, 1.296; Cosiá, de Lowgvi, 400; Pérez, de Ille-sur-Tet, 1.320; Roig, de Iseron, 150; Salas, de Montaignut, 440; Bernabeu, de Decazville, 4.152; Lezcano, de St-Marcel, 396; Verdu, de Commenry, 240; Pérez, de Baron, 476. Total francos, 65.666.

Relación de giros recibidos en Paris durante el mismo período, por la antigua Administración:

Checa, de Agén, 670; Dueñas, de l'Isle, 700; Casanova, de Fabián, 240; García, de Grenoble, 540; Ruiz, de Orán, 720. Total, 2.870 francos.

Padres que preguntan por sus hijos

Se desea recuperar por sus autores, los siguientes folletos:

«Vida, pasión y muerte de Ramón Acaín», por Felipe Alaiz.

«Los intelectuales en la revolución», por José Peirats.

Para la transacción pueden dirigirse a la Redacción de RUTA, 4, rue Belfort, Toulouse (H. G.).

CORREO DE LA REDACCION

José Martínez.—Tu anécdota es pasable. Procuraremos que vaya en este número.

Martí.—Se publicará tu chascarrillo.

V. Toledano.—Irás, afinada y condensada, tu moraleja.

Villanueva.—Te perdamos la vida por esta vez. Va uno de tus comprimidos. El otro rompió la linterna.

A uno que nos pide consejos para llegar a ser escritor.—Aplicate a tu prosa lo que alguien escribió sobre el arte de hacer versos:

«¿Es arte del demonio o brujería eso de escribir versos?—le decía, no sé si a Calderón o a Garcilaso, un mozo más sin jugo que el bagazo.—«Enseñame, maestro a hacer síguera, una oda chapucera.

«Es preciso no estar en sus cabales para que un hombre aspire a ser poeta; pero, en fin, es sencilla la receta: forme usted líneas de medida iguales, y luego en fila las coloca juntas.

«¿Y en medio?

«En medio... Ese es el cuento. Hay que poner talento.»

Nuevó C. Regional

En consonancia con el mandato confiado a la F.L. de la Grand Combe (Gard) y en asamblea celebrada el día 12 de diciembre, se procedió al nombramiento del Comité Inter-Regional, para los Departamentos antes mencionados.

A los fines orgánicos pertinentes cúmplenos el indicar su constitución, que es la siguiente:

Secretario general, Pedro Peralta.

Vicesecretario, José Soler.

De Propaganda, Ramón Zuazua.

De Administración, Teodoro Ibáñez.

De Coordinación, Miguel Dalmau.



Por meterse a redentor

Allá por el año 1939 y en plena «victoria» franquista, hubo consejo de apóstoles en el cielo presidido por el padre eterno. Este, arguyendo que en España andaban mal las cosas, pidió voluntarios para la misión delicada de poner paz y sosiego en los hogares españoles. Hubo una disputa entre San Pedro y Santiago, quienes recababan para sí este piadoso privilegio.

—Tú, Pedro, no puedes abandonar la portería a merced de los contrabandistas—dijo el barbudo.

—Vete tú, Santiago; tú tienes gran reputación entre las beatas y hay allá abajo una ciudad que lleva tu nombre.

Santiago regresó al cielo a los ocho días, muy triste y cabizbajo:

—Hay allí un flo de mil diablos, señor, y controles por todos los lados guardados por moros, italianos y alemanes.

—Entonces—dijo el padre eterno—, hay que buscar a un incon-

trojado: prepara tu macuto, Pedro.

—¡Presto, señor!—dijo éste—. E inmediatamente descendió en paracaídas.

Pasaron doce largos días sin noticias. Y el trece, llegó el siguiente telegrama:

«ATERRIZAJE FORZOSO CAMPO CONCENTRACION ALBATE-RA Stop. PIJOS, SARNA, DIARRREA Stop. PELADO BARBAS. STOP. URGENTE AVAL POLITICO. Stop. PEDRO».

Martí (Nimes).

Verdades que convencen

ERA a mediados de octubre del 37 cuando los falangistas nos echaron al agua en Asturias, cumpliendo, desgraciadamente, las profecías del general borrachín. Algunos centenares conseguimos evacuar hacimados en la panza del paqueño barquichuelo «Sancho Panza».

Tantas eran las preocupaciones a tomar en la travesía hacia Francia, recomendadas por los compañeros responsables y por el propio instinto de conservación, que estábamos en completa inmovilidad en el exiguo espacio vital de que disponíamos.

Para evacuar nuestras necesidades era preciso subir a cubierta, poco menos que arrastrándose para que el cuerpo no sobresaliera de la borda, a fin de evitar que el «chulo del Cantábrico» aló al ver gente a bordo.

—«¿Cervera?—no nos diese el

Entre los que allí navegábamos había un compañero que media cerca de dos metros de estatura, y como es de suponer, le era muy difícil el pasar desapercibido. Cada vez que subía a cubierta le gritábamos todos para que se agachara. Tantas veces se le llamó la atención que, una de ellas, elevando su descomunal silueta y encarándose con sus amonestadores, gritó más que dijo:—«¡Callaros, ya! ¡Es que me va a ver a mí el «Cervera» y no va a ver al «Sancho Panza?»

José Menéndez (Dreux).

La unión hace la fuerza

Acción en Andalucía, tierra de pobres sin pan y de señoritos de rrochadores. Una familia campesina con tres hijos y sin leña. El padre envía al pequeño al bosque a por un haz de ramas secas para preparar el cocido. El bosque pertenece al señorito del cortijo. Este sorprende al leñador furtivo y le premia con una paliza.

El padre, sin comentario, confía la misma misión al hijo mediano. Este regresa, a su vez, maltratado por los garrotazos.

Le toca el turno al hijo mayor, y mayor es la paliza que recibe en premio a su mayorazgo.

El padre sigue sin hablar. Coge uno de los tres palos que quedan en casa, aplica la rodilla y lo rompe fácilmente. Coge los otros dos juntos y hace la misma operación, pero con mayor dificultad.

—Si añadís uno más—dice—ya

no se romperán. ¡Habéis comprendido?

—Comprendido, padre—responden a coro los tres hermanos.

E inmediatamente, salen los tres para el bosque, regresando al poco tiempo con sendos haces de leña, mas los calzones sucios del señorito.

Toleano (Paris).

CALENDARIO

MADRID.—El Pardo, fiesta de San Eugenio. Invasión de gentío por las praderas y encinares. Comadreo, pláticas y comentarios socarrones.

—Digame, señá Clotilde, ¿cómo no se ven bellotas por el suelo este año?

—No le extrañe, don Ramón; anda por ahí un cerdo que acabó con todas.

Villanueva (Paris).



Folletones de Ruta

ANO 1924. Estaba yo en la cárcel de Barcelona. Extinguía condena dictada por un Consejo de guerra. Una cuarentena de penados vivíamos en el Correcional. Nos entreteníamos en ratos decorando las paredes de la celda que nos tocaba en suerte. Caricaturas, figuras alegóricas, retratos al minuto.

Los días que faltaban para franquear la cancela quedaban marcados en un calendario mural al expirar cada jornada después del toque de silencio.

En el patio dominaba la pelota. Se discutían temas de Derecho penal con más experiencia que en las aulas universitarias. Se dedicaba más atención al ajedrez que a la lectura.

Barrenando los reglamentos, acudía yo todas las tardes a una celda de galería. Ocupaba aquella celda, siempre abierta y con honores de capilla, Juan Bautista Acher, condenado a muerte como combatiente activo contra Anido.

Muchos meses estuvo esperando Acher que se montara el fúnebre armatoste patibulario. Sin embargo, daba buen rendimiento de humor y refinada destreza de dibujante. Los amigos le dábamos revistas de novedad gráfica, colores de tubo y algún cestillo de esa fruta fresca que tiene tan alegres colores de acuarela.

Con Sánchez Raja y Elias Saturnino nos arriesgábamos algunas tardes Acher

MISTER BEVIN, CONDUCTOR DE CAMIONES PESADOS Y DE LABORISMO LIGERO

por Felipe Alaiz

Acher—; pero me parece raro que haya un laborista de armas tomar... Aunque creo que el agresor...

—El agresor es el guardia... Siempre resulta así que procesen al agredido... Si el agresor desarmado ataca al guardia, no hay ataque más que al revés.

El oficial hablaba así entre nosotros. Compartía su entusiasmo entre el laborismo y Concepción Arenal.

Tal vez esta figura preclara es la más seráfica del liberalismo humanitario en la áspera España de su tiempo. Desde luego, es la más entrañable y sinceramente atribulada por las desdichas humanas. Cree que en la sociedad, no en el Estado, reside la base para remediarlas. A veces se expresa con serena valentía, aunque no tarda en caer en un evangelismo cuáquero y opaco de consolatrix afflictorum. Como el laborista.

El oficial identificaba en su fuero interno la mentalidad laborista con las expansiones seráficas de Concepción Arenal. Nuestro mellifluo guardia se anticipaba al punto de vista de un laborista notorio, sir Stafford Cripps, que escribió en junio de 1945 en la revista «Picture Post»: «El partido laborista se apoya sólidamente en el socialismo cristiano». Luego veremos como Bevin inició su política en un presbiterio de Bristol.

He aquí condensada la mentalidad laborista. Parece que sus militantes se deben a una organización bíblica de metodismo persuasivo, destinado o predestinado a propagar el Sermón de la montaña y la multiplicación—en parábola—de pan y pescado en campos, talleres y pasillos ministeriales. Si quieren nacionalizar el carbón es porque la niebla está ya britanizada y no existe para los que viven confortablemente.

—Quisiera hablar con ustedes ahora mismo—nos dijo con misterio aquella tarde el oficial después de discutir con nosotros el tema del laborismo.

Me permití mirar a Acher. Le correspondían los honores de la casa.

—Escuchamos los cuatro—insinuó él con un deje de ironía—, pero hasta ahora no ha dicho nada grave. Tenga en cuenta que éste (yo) es un poco cardíaco y lleva en el bolsillo un frasco de éter.

—Lo que voy a decirles creo que les sorprenderá—advirtió el empleado—. Ustedes no se dan cuenta del camino que llevan...

—Si se trata de salir—observó Sánchez Raja—aténgase a las sentencias. Tenemos para rato.

—¿Qué va—replicó vivamente el oficial—. Ustedes salen dentro de poco...

—Aunque sea inmodestia, sólo espero salir con el cuello retorcido—interrumpió Acher.

El oficial se encaró con él:

—Ustedes salen de aquí a gobernar! El cuarteto de presidarios está en una sonora carcajada. Aquel hombre—que llevaba espasa y pistola—estaba rematadamente loco. Había que desarmarlo.

—Deme el espadín!—le dije en tono perentorio—porque un discípulo de Concepción Arenal, como un ujier de la Audiencia y un oficial de la Cruz Roja, no pueden llevar armas. La pistola, que se la queda Elias.

El oficial nos entregó las armas y la gorra de plato. Decididamente, quería estar a bien con nosotros.

—Saldrán a gobernar!—dijo con seguridad—. Tendrán el ministerio de Gracia y Justicia, con la Dirección de Penales. ¡Estoy seguro! Tendrán el control de la policía, los tribunales y los guardias... Como los laboristas.

Acher se apresuró a meter las armas debajo de la colchoneta. Una precaución nunca está de más.

El oficial hablaba con la convicción de un loco rematado. Y cuando esperábamos una explicación más detallada de su delirio, cambió de tono diciendo:—Los tiempos van cambiados. El mundo da vueltas al revés. ¡Acaso los funcionarios no estamos tan presos como ustedes? ¡Sí, sí! Con la diferencia en contra nuestra de que nadie nos trae paquetes. Hacemos guardias de veinticuatro horas. Dormimos en camastros.

Tenemos mucha responsabilidad y sufrimiento. Hay entre nosotros intrigas y zancadillas. Al galego lo trasladan al Puerto de Santa María, al andaluz lo llevan a Figueras desde Granada, al madrileño lo destinan a San Miguel de los Reyes...

—Nadie les obligó a elegir un oficio tan desastroso—hizo notar Acher con muy buen sentido.

—Desde luego, desde luego—repitió el empleado—, pero reconozcan que no se nos puede medir a todos con el mismo rasero... En fin, creo que no me porto mal... francamente, me atrevería a confiar...

Otro raptó de locura. Allí había un condenado a muerte caso de cuerpo presente y dos cadenas perpetuas. Allí estaba yo, próximo licenciado, capaz de reincidir. Nadie tenía la más leve voluntad de regentar un ministerio. Y, sin embargo, el oficial confiaba en nosotros, en el favor ministerial que le podíamos otorgar.

Acher se puso ministerialmente serio.

—Bueno, ¿qué es lo que desea? ¿Había en nombre del personal de Prisiones o lo hace particularmente?—preguntó el reo de muerte como si fuera ya titular de la cartera.

—Hablo por mi cuenta y riesgo...

—Porque ¿sabe usted? El ministro no acepta reclamaciones colectivas—observó Acher con suficiencia. (Continuará).

Divulgaciones
medico
sanitarias
Por el Dr. Pujol
SIFILIS

(Conclusión)
La reacción clásica, para el diagnóstico biológico de la sífilis, es la «Wassermann», que no da resultado positivo hasta pasadas las cinco o seis semanas de la prima-inyección, siendo más intensa en el período secundario, sobre todo en los casos no tratados. La negatividad de la reacción, no excluye la existencia de sífilis. Cuando clínicamente existen signos sospechosos de sífilis y es negativo el «Wassermann», se logra a veces provocar la reacción positiva mediante la inyección intravenosa de 45 centigramos de neo-salvarsan, practicando la reacción al cabo de cinco días. Cuando clínicamente existen signos evidentes de sífilis, hay que instituir tratamiento a pesar del «Wassermann» negativo. Como complemento de la reacción de «Wassermann», se emplean las de «Kan» y «Meinike».

El diagnóstico de la sífilis del sistema nervioso central, se ha simplificado gracias al análisis del líquido cefalo-raquídeo (líquido existente entre las meninges de la médula). Cuando previa punción lumbar, un líquido cefalo-raquídeo de «Wassermann» negativo a los dos años de la infección, puede considerarse muy remoto el peligro de sífilis nerviosa (parálisis general, tabes, etc.).

Establecido el diagnóstico de sífilis en no importa qué período, hay que empezar tratamiento energético.

No nos extenderemos en detalles técnicos, propios del médico, pero si haremos hincapié en todos aquellos datos que el enfermo, o posible enfermo, debe conocer y nunca olvidar.

A través de los anteriores artículos, tenéis una ligera idea de las consecuencias de la falta de tratamiento o de la insuficiencia del mismo. Dado lo largo que este debe ser, es preciso que los enfermos pongan a prueba su constancia y asiduidad en la continuación del mismo y que no se dejen ahogar por los beneficiosos resultados obtenidos rápidamente en las primeras etapas del tratamiento y más cuando ven desaparecer, con relativa facilidad, las manifestaciones externas (chancro, exantema, etc.), mejorar su estado general y el «Wassermann» negativo.

Tened en cuenta que, a pesar de todo esto, la curación no se ha alcanzado y si en estos momentos, creyéndose curados, abandonan el tratamiento, la enfermedad sigue su curso y ven aparecer, al transcurso del tiempo, nuevas manifestaciones, cada vez más graves, pagando el injustificado optimismo de los primeros momentos, con una «parálisis general», una «aortitis», o con la contemplación del doloroso espectáculo de un hijo idiota, ciego, sordo-mudo o paralítico.

No podemos precisar a priori, la duración de un tratamiento antisifilítico, pues depende de la intensidad de la infección y de la sensibilidad de cada caso al tratamiento. Pero, como norma general, ningún enfermo debe abandonar el tratamiento hasta después de tres años consecutivos de «Wassermann» negativo, practicado cada seis meses, tanto en sangre como en el líquido cefalo-raquídeo.

El arsénico, con el preparado neo-salvarsan, junto con el bismuto y mercurio, son los medicamentos corrientemente empleados para la curación de la enfermedad que nos ocupa. El primero, a dosis progresivas, en inyecciones intravenosas, con un total de arsénico, por cura, de diez centigramos por kilo de peso del enfermo, por ejemplo. Si éste pesa 60 kilos, se le administrará, por cura, un total de seis gramos de arsénico.

Las normas de tratamiento a seguir, dependen del médico, previo examen de cada caso. Para que os sirva de orientación, transcribimos lo que podríamos llamar «tratamiento clásico», consistente en la aplicación de dos o tres curas integrales (según la intensidad de la infección) con intervalos de cuatro semanas entre cura y cura. A los seis meses, otra cura integral y así cada seis meses hasta conseguir «Wassermann» negativo en sangre y líquido cefalo-raquídeo. A partir de este momento, una cura integral cada año, suponiendo que el «Wassermann» repetido cada seis meses sea siempre negativo, hasta pasados tres años. A partir de esta fecha, se puede suspender el tratamiento, pero teniendo la precaución de practicar un «Wassermann» cada año.

No siempre son inocuos los medicamentos citados, produciendo a veces signos de intolerancia que hacen precisa la suspensión de su empleo, debiendo ser substituidos por otros cuya eficacia es más dudosa. Afortunadamente, otro medicamento ha sido incorporado en la farmacopea antisifilítica, que hace concebir halagüeñas esperanzas para el porvenir, aunque en la actualidad se carece de experiencia sobre la constancia y duración de los efectos beneficiosos que de inmediato produce.

Fué el profesor americano Mahoney, en unos trabajos realizados en diciembre de 1943, quien se dio cuenta de la acción destructora ejercida por la penicilina sobre el «treponema pálido» y de su influencia favorable sobre la evolución de las lesiones sífilíticas. En ensayos clínicos posteriores, se ha confirmado la desaparición de las lesiones sífilíticas, primarias y secundarias, incluso «Wassermann» negativo, a los pocos días del tratamiento penicilínico. En la sífilis terciaria, ejercicio acción favorable sobre los «gomos», que desaparecen rápidamente incluso a dosis moderadas. En cambio, se muestra ineficaz sobre las lesiones del sistema nervioso central.

Es condición precisa, para obtener efectos rápidos, emplearla a dosis elevadas. Corrientemente se suministran tres millones de unidades, a razón de 320.000 U.O. por día, durante diez días.

Es que esta acción de la penicilina será definitiva e impedirá la evolución de todo proceso sífilítico? Sólo el tiempo nos podrá contestar a esta pregunta.

Preguntas y respuestas

Pregunta.—La fiebre amarilla, ¿es el paludismo?—J.P., Toulouse.

Respuesta.—Son dos enfermedades distintas, aunque las dos son retransmitidas al hombre por mediación de un mosquito. Pero difieren en cuanto a evolución y, sobre todo, en gravedad; pues la primera produce un 90 por ciento de casos de mortalidad, en tanto que el paludismo suele terminar con la curación, siempre que se abandone la zona palúdica.

El paludismo tropical, llamado también «fiebre tropical», reviste

mayor gravedad que el que conocemos nosotros en nuestras zonas palúdicas de España y Francia, pero a pesar de ello, con tratamiento intenso con quinina y neo-salvarsan, es casi despreciable el porcentaje de mortalidad que produce. Si se quieren más detalles sobre alguna de estas dos enfermedades, interesantes de conocer por aquellos que tengan la intención de trasladarse a ciertos países de América, no tienen más que pedirlos y con gusto se les dará satisfacción.

Nueva F. L. en Saint Giron

Anotamos con gran placer la constitución de una nueva Federación Local (F.I.J.L.) en Saint-Girons (Ariège). Toda correspondencia relaciona-

da con esta Federación, se dirigirá al secretario, compañero Gonzalo Fernández, Restaurant Aragó, 8, rue du Pujol, Saint-Girons (Ariège).

Reportaje del Mundo

LOS PROTAGONISTAS visibles de la ofensiva comunista en China

Según informaciones fidedignas, el generalísimo Chan Kai Shek, preso de un arrebatado nervioso, acesario varias batallas contra el perro favorito de su esposa, en ausencia de ésta que, como es sabido, se halla de rogativa por los cuatro océanos de Washington.

Chan Kai Shek tiene motivos para estar nervioso. A la hora de trazar estas líneas, las avanzadas del ejército comunista se hallan a cincuenta millas escasas de Nankin, Peiping y Tientsin, en el norte, no han caído todavía. Pero la primera de estas ciudades se encuentra sin fluido eléctrico y sin agua potable. Los fosos inundados que detienen a la seguina, no son un obstáculo para el avance del enemigo, debido a que el intenso frío y la terrible helada los ha convertido en pista de patinaje.

Objeciones macabras ante un proyecto de paz negociada

En la capital de los nacionalistas, el espíritu predominantemente, incluso en las altas esferas, no anima a seguir la línea. Se proyecta la negociación de una «paz honorable» según el dictado de la Casa Blanca. No faltan entre los políticos quienes sugieran la dimisión del generalísimo como vía para facilitar las negociaciones enfocadas a conseguir un entendimiento con los comunistas, con vistas a un gobierno de coalición. Pero en ocasión del día de Navidad, el radio comunista dió a conocer una lista en la que figuran 45 personalidades consideradas por ellos como criminales de guerra. Y como es de suponer, se sitúa a la cabeza de esta lista al propio generalísimo, seguido del jefe del gobierno, del vicepresidente y varios políticos que han manifestado fervientes deseos de contacto y de coalición.

Lo trágico del caso es que, aunque los nacionalistas se dedicaran por la comunión de la guerra, es punto menos que imposible recuperar el territorio ocupado por el enemigo, o sea, cerca de la mitad de China, desde Manchuria hasta las riberas aguas del Yangtze, con una población de 200 millones de almas.

Pero poco se ha dicho sobre los protagonistas visibles de la ofensiva comunista.

«Mao Tse-tung! Mao Tse-tung! Mao Tse-tung!»

Como un eco de las exclamaciones a Franco, a Hitler y al mismo Stalin, retumba en la retaguardia comunista y a través de toda la Rusia el nuevo y tético «slogan», saludo a las dictaduras y a los dictadores. En Sofía, mil delegados representantes de 19 países cominformados, dispararon la misma ovación en loor a Mao, cuando el sátrapa Dimitroff hizo las siguientes manifestaciones: «Los acontecimientos en China son satisfactorios. Las fuerzas de la democracia pesan ahora fuertemente en la balanza de aquel país».

Mao es presidente del Comité Ejecutivo Central del Partido Comunista chino, presidente del Politburó, presidente del Consejo Central Revolucionario Militar, Director del Bureau de Investigación y otros títulos más. Es uno de los pocos líderes comunistas chinos que no ha salido nunca del país y habla el suave dialecto de su provincia nativa del sur.

Mao, que estudió los clásicos chinos en la niñez, convirtiéndose en marxista durante su juventud. Tiene actualmente 55 años y fué un humilde campesino, trabajo que compartió con su calidad de asistente bibliotecario de la universidad de Peiping. En 1921 ayudó a fundar el partido comunista chino, que dice contar actualmente con 2.700.000 miembros.

Desfile de compinches y lugartenientes

El hombre que respalda las teorías políticas de Mao con el poder militar es Chu Teh, comandante en jefe del ejército popular de liberación. Chu Teh fué uno de los primeros oficiales chinos de la Academia Militar de Yunnan. Tomó parte en la revolución de 1911

Carnet extraviado

Por haberse extraviado, queda anulado el carnet de la F.I.J.L. número 6.990, extendido a nombre de Emilio Gastón. — F.L. de la Grand Combe.

que derribó la dinastía manchú, pero no descubrió el comunismo hasta 1922. Entonces renunció a su carrera e hizo un viaje de estudios por París, Berlín y Moscú. El mérito más grande de Chu Teh consiste en haber dejado de ser oportunista. Más tarde claudicó ante el opio marxista.

Mao y Chu se unieron en 1923, después de la purga comunista llevada a cabo por Chiang Kai Shek. Mao organizó un ejército compuesto de campesinos, mineros, aventureros y desertores de las filas nacionalistas en el sur de China. Chu Teh se le unió con sus propias tropas y durante seis años combatieron a Chiang Kai Shek. En octubre de 1934, iniciaron juntos la llamada «Gran marcha», recorriendo seis mil millas a través de China, estableciendo una especie de capital comunista en el noroeste, en cuevas excavadas cerca de Yenán.

Desde entonces, Mao y Chu fueron los líderes indiscutibles del comunismo chino. Ambos fueron pronto respaldados por poderosos subordinados. Su segundo en el comando político, Chou En-lai,

vástago aristocrático de una familia de mandarines, se adhirió al partido siendo estudiante y minero a la vez en Francia.

Uno de los comandantes militares de Chu es P'en Teh-hual, militar profesional y ex oficial del Koumintang, veterano, también, de la «Gran marcha». Se le describe como el más firme puntal del ejército comunista.

El canto de sirena de la supresión del feudalismo

El ejército comunista obra con sumo tacto para granjearse las simpatías de las poblaciones invadidas. La gran ciudad manufacturera de Mukden, pudo haber caído en manos del general Lin Piao. Pero éste creyó conveniente introducir antes agentes secretos en la ciudad para preparar el terreno tranquilizando a los ciudadanos con propagandas sobre los buenos propósitos del comunismo. Una de estas propagandas iba destinada a sosegar a los empleados y a los burocratas con promesas de que serían respetados sus cargos y privilegios. Cuando entraron

Nuestro mañana

«Mas cada cual el rumbo siguió de su locura; agilitó su brazo, acreditó su brío; dejó como un espejo bruciado su armadura y dijo: «El hoy es malo, pero el mañana... es mío».

Antonio Machado.

Si bien el camino histórico ha sido siempre la lucha entre lo joven y lo caduco, jamás como ahora se ha dejado sentir la necesidad de un triunfo rápido e inmediato de savias nuevas y vivificadoras.

La enrucada en que hoy se halla situada la humanidad, no es más que el triunfo, momentáneo pero efectivo, de concepciones momificadas, que, faltas de elemento propulsor, encuentran su razón de ser en la lucha estéril que entre sí mismas entablan. El triunfo de cualquiera de las partes representa únicamente una vuelta más de la rosca sin fin y un nuevo enfrentamiento con la forzada subdivisión que ocasione una nueva lucha, un necesario movimiento que acredite la razón de su existencia. La situación se asemeja a un corazón palpitando dentro de un cuerpo paralizante, incapaz de convertir en acción progresiva sus fluctuaciones vitales.

Este estado de latido encerrado en la carcama puede eternizarse, o por lo menos, tener duración indeterminada, suficiente para estrangular no tan sólo a esta generación a la que pertenecemos, sino a muchas otras de las que deben seguirnos, si un fuerte nudo de juventud propulsora no viene a ponerle fin. La línea histórica, no posee mas fatalidad que la de la mano que sabe sacudirla. Esta es una verdad que no escapa ni a los mismos que la niegan, precisamente porque la están empujando y temen perderla.

Pero la humanidad está mayormente representada en el futuro que en el pasado. La primavera es la reanada de las flores presentes y no el recuerdo de las que ayer. Y la salvación de ese futuro numano, se encuentra en el resurgimiento de la semilla que palpita bajo la hojarasca descompuesta, pero que se resaca a hundirse en tierra y servir de abono.

El momento exige, pues, a lo joven, un mayor esfuerzo que el que pudiéramos llamar habitual y para el que no hemos sido preparados en absoluto, sino todo lo contrario. Lo caduco mira su salvación en nuestro propio fallo. Por eso nos desea débiles y temerosos. La época actual es la del miedo. Jamás en ningún momento de la historia, el hombre había sentido tanto miedo como hoy siente. Sus pensamientos están influenciados por el miedo y su actuación, cuando se produce, está dirigida por él, siendo más bien fruto de un instinto cerval que proceso de su razón.

La mayoría de los jóvenes de hoy nos caracterizamos por nuestra indecisión, por nuestra falta de recursos para enfrentarnos con un mundo que reconocemos como enemigo declarado de nuestras ideas y de nuestras necesidades, pero del que no sabemos cómo defendernos, o al que se nos imagina imposible atacar. Nuestra resignación es la derrota; la indiferencia es nuestra muerte. El instinto, al que se nos ha entregado, terminaría, a la larga, por romper la esfera. Pero eso sería todavía el tiempo del miedo, y el resultado de tan singular victoria, la aceptación de los motivos de nues-

tros males y el sacrificio de generaciones futuras en aras de nuestra cobardía.

Lo que se precisa es lo contrario el triunfo de la razón sobre el instinto, del hombre sobre las circunstancias, de lo joven sobre lo pasado. Para ello no nos sirve mas consejo que el que debemos hallar en nuestras propias inquietudes, encauzadas en un sentido de verdadero progreso y que desborden todo lo que hoy obstaculiza nuestra expansión moral y material. Nada puede proporcionarnos la experiencia de lo caduco, como no sea el aviso del peligro, para no caer de nuevo en los mismos errores.

El mañana pertenece a quien sabe merecerlo. Por eso, éste hoy no pertenece a nadie, aunque muchos se imaginen poseerlo. Nadie posee el hoy si no sirve para asegurar el mañana, y el actual mañana de la humanidad es algo ante la cobardía del resto.

El mayor error cometido por los hombres que nos precedieron, fue precisamente el de afirmar con convencimiento que el mañana estaba irremediadamente ligado a una línea histórica o evolutiva determinada, y que nadie era capaz de desvincularlo de ella. Ha sido suficiente la pasividad, fruto de esta interpretación, para que hoy—que fué el mañana de ayer—se encuentre en manos de los más audaces o de los más feroces, sin que esto represente mayor posesión que el ejercicio de su feonía tan confuso, que nadie, sin pecar de demagogo, se atreverá a afirmar que le pertenece.

Es suficiente un gesto viril y decisivo de lo joven para terminar con este estado de cosas. Eje realizarlo radica nuestra salvación y la de las generaciones futuras. Únicamente luego nos será permitido afirmar que el mañana nos pertenece.

J. Carmona Blanco.

DIRECTEUR-GÉRANT:
VICENTE JOSEPH
IMPRIMERIE DU SUD-OUEST
6, RUE STE-URSULE

Los Libros

«Años de guerra»
de Vasili Grossman

He aquí el arte beligerante, el arte patriótico, el arte con consignas y deberes militantes. Literatura con banderas, y disciplinas, y tradiciones y objetivos tácticos. Arte que quiere ser fuerte y teme la realidad; que quiere dignificar y humillar que abate y aplasta porque la vida está ausente y se la ha reemplazado con la nada. Arte de hoy, arte de guerra, arte de los hombres que buscan su solución en el nirvana, un nirvana que no quiere serlo y trata de alcanzar la cumbre sin haber echado raíces. Literatura de masas—aplataada por las masas—, literatura para el pueblo—para un pueblo enfermo—, literatura para una clase que no puede superarse: sudor, máquinas, botas, ideales en serie, fatiga, frío, frío frío.

«Años de Guerra», podría agregarse un subtítulo: años de soledad, años vacíos. Grossman—allí está su retrato: un militar, simplemente; mirado fijo y opaca, que ordena y obedece y adora las órdenes y la obediencia—. Grossman ha querido que su libro fuera el poema épico de la guerra—mas que eso, el poema épico del hombre en la guerra. Ha visto la humanidad frente a la muerte y cree quizás que aquella conserva idéntica esencia frente a la vida: dureza, miedo exteriorizado en valentía, instinto de matar y de odiar todo aquello ajeno a la bandera que se defiende. Grossman ha descubierto al hombre justamente en el instante en que deja de serlo; y la bestia le da la clave de la humanidad.

En la guerra, sabe el hombre que el triunfo consiste en apartar de sí el más pequeño átomo de hombría. Se hace fuerte, se hace duro, se hace recio. Al matar, no mata por su causa; mata porque sabe que su propia conservación se lo exige. Piensa acaso en su ideal, le impulsa acaso la fuerza toda de su ser que tiene de al triunfo de su verdad? No. Piensa en sí mismo en tanto que ente animal que debe subsistir; lucha por su vida, lucha obedeciendo el imperativo de su conservación. Y no hay en él gloria, ni satisfacción por el sacrificio, ni holocausto alguno a su idea. Está solo él, desnudo, aislado, en pugna con la muerte y su triunfo es la alegría del fuerte: seca, fría, estéril en su inhumanidad.

No hay guerras santas, hay guerras. No es el hombre el que interviene en ellas, es su sombra y su soledad vacía. Matar es matarse un poco a sí mismo, impregnar el triunfo de una derrota invisible que roe silenciosamente y surge en esa extraña angustia de haber vencido. Santificar la guerra—la nuestra, la suya, la justa, la injusta—es el absurdo máximo de la humanidad; porque algo se gana sabiendo que en el momento de matar, el hombre pierda algo que le pertenece, algo que es él y en él está.

«Años de Guerra» intenta demostrar la tesis opuesta. El soldado rojo que mata es un héroe, hombre que ha alcanzado con su crimen la cima de la humanidad y ha dado de sí lo mejor; su odio al invasor es santo, es el dogma que debe impulsarle en su continua lucha. También él tiene sus mandamientos, simples y claros: odiarás, matarás, no temerás. No se le pide que reaccione como hombre, se pide—se ordena, se exige—que renuncie a la humanidad. Porque el odio, y el crimen, y la muerte, son santos; y el hombre (Pasa a la segunda).

Personajes de un libro que no se escribirá

SEBASTIAN

por M. P.

Allí donde la dicha terminaba, estaba Sebastián. Allí donde el hombre gemía, Sebastián escuchaba. Allí donde el viento cubría los lamentos, Sebastián luchaba contra el viento y lograba escuchar.

Su vida era así, Sebastián era así. Y el viento mismo le respetaba, porque sabía que Sebastián era fuerte. No sólo el viento; lo respetaban el silencio, la oscuridad, el frío. Y también la noche le temía, encendiendo sus estrellas para que él se guiara a través de la bruma y las tinieblas.

Sebastián era un eterno vivir hacia fuera: fuera de sí, fuera de su círculo, fuera de su raza. El vivía en cada grito, en cada inquietud, en cada vacilación de su hermano—Sebastián tenía un hermano; el hombre, la vida que fluye siglo a siglo e instante a instante—. Y si la vida se detenía un solo momento, un solo momento de un momento, Sebastián conocía el arte de esperar sin que la espera fuera nunca estéril.

Era feliz, pues no dudaba de su inmortalidad. «Morir é mientras hubiera en la tierra un solo hombre con vida? Su felicidad era esa, su gloria era esa: la gloria de saberse eterno, de saber que estaba en el hombre y en el superhombre, en el dios y en el superdiós. Ahora, siempre, después de siempre: más allá del tiempo y de la lejanía.

Y por eso reía en la noche e imponía al viento un extraño respeto. Con él estaban la inmortalidad, lo eterno y lo durable. El era una suma de él, un producto de él que crecía y llegaba al infinito. Infinito siempre humano, siempre risa, siempre fuerza; infinito siempre suyo, de él y del hombre.

Allí donde la dicha terminaba, estaba Sebastián. Allí donde el hombre gemía, Sebastián escuchaba. ¡Ay del viento, del frío y de la noche!